

alcanzar a mayor distancia que la del conquistador; el primero necesita mas energía moral que el segundo valor material, y en general el primero tiene intenciones mas puras y mas provechosas para la humanidad que el segundo.»

En su ojeada retrospectiva sobre la marcha que siguió el engrandecimiento de su casa, al principio lento por medio de herencias y casamientos, y desde la época del gran elector mas rápido por medio de conquistas y atrevidas invasiones, no pudo Federico II menos de exclamar: «Los hombres fuertes y enérgicos son los que crean las monarquías, y los fundadores de las modernas pertenecen todos al número de los genios ilustres que la naturaleza envía solo á largos intervalos, como si necesitase hacer para ello un esfuerzo extraordinario.» En la marcha ascendente de su casa, al través de todas las diferencias aparentemente inconciliables y á pesar de la semejanza de los imperantes y de los medios de que se servían, descubrió un movimiento de progreso no interrumpido, y que si alguna vez variaba de rumbo, no suspendía jamás su actividad.

«La casa de Brandeburgo, dice, ha marchado á su engrandecimiento á paso agigantado, y cualquiera diría que todos estos soberanos que se sucedieron tuvieron siempre el mismo objeto á la vista, aunque se sirviesen de diferentes caminos para llegar á él.» Bajo este punto de vista se reconcilia Federico II hasta cierto grado con el gobierno de su abuelo, diciendo: «El importante acrecentamiento territorial (que logró el gran elector) empezó á despertar la envidia, y la Providencia quiso darle un sucesor que tranquilizara á las potencias vecinas y las acostumbrara á ver figurar la Prusia entre las grandes potencias. Federico I hizo algunas adquisiciones, pero demasiado insignificantes para llamar la atención de Europa. Sus pasiones hasta sirvieron al interés de su casa, y su vanidad le proporcionó una corona, que aunque imaginaria al principio, adquirió andando el tiempo la solidez de que carecía. Esta conquista no bastó á Federico Guillermo, que prefirió dedicarse á la parte económica de sus dominios y aumentó su poderío mas con su laboriosidad de economista, que ninguno de sus predecesores por otros medios.»

En el estudio de la administracion de su padre se habia ejercitado la mente de Federico, cuando era todavía príncipe heredero, para cosas que en aquella época solo interesaban, cuando mas, á algun hombre de Estado práctico, pero no á ningun historiador. Estudiando la historia de su casa que con medios pequeños habia logrado cosas cada vez mas grandes, apoderóse de su ánimo el deseo de conocer y estudiar la palanca que se habia aplicado para obtener estos resultados, á saber: la organizacion gradual del ejército y del país, así como el desarrollo progresivo de sus pueblos y de su civilizacion. Con esta idea dió al rector de la universidad Küster el encargo de escribir la historia eclesiástica y moral de la provincia de Brandeburgo; encomendó al ministro Viereck la historia monetaria; al de negocios extranjeros, la de la organizacion antigua de los territorios brandeburgueses; á la direccion general de hacienda un trabajo sobre los ingresos del tesoro en los reinados de los tres últimos príncipes electores y del primer rey de Prusia, y otro sobre introduccion de la industria lanera en la provincia de Brandeburgo; al príncipe Leopoldo de Anhalt-Dessau un trabajo sobre la organizacion militar brandeburguesa desde 1640; el ministro Podewils otro sobre la política interior y exterior del gran elector, y otros trabajos por el estilo á otras personas, siempre detallados, basados sobre documentos y por lo general sujetos á un programa redactado por Federico mismo.

De esto se infiere que no fué un pensamiento fugaz, aunque brillante, sino el resultado de estudios serios, el artículo

sobre *Las costumbres, usos, industria y progresos de la humanidad en las ciencias y artes* que escribió Federico II y que publicó la Academia de Berlin por primera vez en el año 1750 como apéndice á la *Miscelánea* del rey, y en el cual se encuentran entre otros conceptos los siguientes: «Para formar idea perfecta de un país no basta conocer su origen, sus guerras, tratados, gobierno y religion, y estar enterado de los ingresos que reciben las arcas de su soberano. Estos son ciertamente, puntos principales, que guían la pluma del historiador, pero hay otros que no por ser menos deslumbradores, dejan de ser igualmente importantes. Entre ellos contamos todo cuanto se refiere á las costumbres de la poblacion, al nacimiento de su industria, á las causas de su desarrollo, á las condiciones que aceleran ó paralizan los progresos de la humanidad, y particularmente á todo lo que caracteriza mas y retrata mejor el espíritu de la nacion que se estudia. Estas cosas interesan mas especialmente á los políticos y á los filósofos, pero nosotros nos atrevemos á decir que tampoco son indignas de la majestad de la historia.»

Federico el Grande miró á los pueblos históricos como entidades que tienen su carácter especial. El mayor atractivo que ofrecían á este rey las consideraciones sobre la historia, consistía en los cambios que impone la civilizacion á las grandes colectividades, que llamamos naciones, sin que pierdan el fondo de su índole especial, que muy al contrario se dibuja y purifica cada vez mas.

En lenguaje tachonado de destellos de rutilante ingenio trazó tambien las ideas siguientes, entonces completamente nuevas: «La gran masa de los hombres, distraida por la multiplicidad de los objetos, mira sin pensar los cuadros que á su vista presenta la linterna mágica de este mundo; nada ve de los cambios que se efectúan en sus propias costumbres, de la misma manera que no se nota el trabajo diario de la muerte en las ciudades grandes, mientras no invade el pequeño círculo de personas con que estamos relacionados; pero si nos ausentamos aunque sea por poco tiempo, encontraremos á nuestro regreso nuevas personas y modas nuevas. ¡Qué bello é instructivo es pasar revista á todos esos siglos que nos han precedido, y ver cómo se eslabonan con el nuestro en que vivimos! Considerar una nacion en estado salvaje y estúpido; seguirla paso á paso en sus progresos, y acompañarla hasta que alcanza un estado de civilizacion completa viene á ser un estudio análogo al que hacemos del gusano de seda en todas sus trasformaciones, al través de su estado de crisálida hasta llegar á ser mariposa. Pero ¡cuán propio es este estudio para humillar nuestra vanidad! Demasiado claro resulta que una ley inmutable de la naturaleza obliga á la humanidad á pasar primero por muchísimas groserías antes de llegar á un punto algo racional. Si nos remontamos al origen de las naciones, las encontramos todas en estado salvaje; y vemos que unas han llegado lentamente y por muchos rodeos á cierto grado de cultura, mientras otras lo han alcanzado de corrida; que cada una ha tomado un camino distinto, y que la urbanidad, la industria y todas las artes han tomado en cada una un sabor de la tierra á la cual han sido transplantadas, y que les ha impreso la índole especial é invariable de cada nacion; conforme podemos fácilmente observar al leer trabajos literarios escritos en Padua, Londres ó Paris. Aunque los autores traten el mismo objeto, en seguida se conoce la diferencia, excepto si tratan de geometría.»

«La variedad inagotable que presenta la naturaleza en la formacion de estos caracteres generales y especiales, es una prueba de su riqueza lo mismo que de su economía, porque á pesar de tener cada una de las innumerables naciones que cubren la tierra su genio particular, parecen siempre iguales ciertos rasgos principales que las distinguen entre sí. Cada

pueblo tiene su fisonomía particular, que puede modificarse por la mayor ó menor educacion, pero cuyo fondo es indeleble. Jamás ha logrado príncipe alguno cambiar el modo de pensar de los pueblos, como tampoco se ha podido obligar jamás á la naturaleza á producir grandes hombres cuando rehusaba hacerlo. Se manda á los operarios de las minas, pero no se manda á los filones metálicos, que se presentan y dan tesoros, y se agotan cuando con mas afán se trabaja para descubrirlos.»

En la historia religiosa de su país encontró Federico II dos sucesos capitales que produjeron cambios y movimientos fecundos durante siglos. Era el uno la reforma religiosa en el siglo XVI, y el otro la admision de los hugonotes emigrados de su país en el siglo XVII. Al primero de estos sucesos dedicó el tercero y último capítulo de su artículo: *La superstición y la religion*, que es un verdadero monumento del juicio maduro de este soberano.

La prueba mas palpable, y para los contrarios de la reforma religiosa la mas bochornosa, de que este suceso era ineludible, la encontró Federico en el hecho de que la reforma salió del mismo clero que fué el primero en alzarse contra el Papa. Dice: «El fraile agustino Martin Lutero atacó violentamente los abusos de la Iglesia, y arrancó resueltamente un pedazo de la venda de la superstición. Pronto fué jefe de un partido, y como su doctrina despojó á los obispos de sus prebendas y á los conventos de sus riquezas, siguieron los príncipes en masa al nuevo predicador.»

¿Qué beneficio trajo este suceso? A esto contesta Federico diciendo que dió á la religion una forma nueva restituyéndole una gran parte de su sencillez primitiva, quizá demasiado exagerada, pues que falta saber si un culto puramente espiritual, despojado de todo lo que cautiva los sentidos, como es el de los protestantes, se adapta á la masa grosera de la humanidad, é incapaz de elevarse con solo el pensamiento á la contemplacion de las verdades mas sublimes.»

Luego dice que la reforma fué útil al mundo, á la vida intelectual de la humanidad toda, sin exceptuar á los católicos; porque haciéndose los protestantes los porta-estandartes de la libertad del pensamiento, obligaron indirectamente á los católicos á servirse de las mismas armas so pena de sucumbir en la lucha. «Su clero empezó á estudiar para salir de la ignorancia crasa y vergonzosa en que vivían casi todos sus miembros.» La escision religiosa entre los protestantes, lejos de haber sido una desgracia, fué una bendición. La multiplicidad de sectas produjo despues de las grandes guerras religiosas, una emulacion pacífica que las preserva de petrificarse y de recaer en los vicios de otros tiempos. Desde entonces tambien es para siempre imposible la tiranía de una Iglesia universal que todo lo domine. Considerando el protestantismo bajo el punto de vista político, es cierto segun Federico que da á la república sus mejores ciudadanos, á la monarquía sus súbditos mas leales, y abre á una y otra manantiales de prosperidad sólida y de trabajo fructífero (1), porque no conoce clero célibe y no pone por encima del Estado político el eclesiástico.

Los soberanos de Brandeburgo de la casa de Hohenzollern se declararon muy pronto partidarios decididos del protestantismo, del cual han sido los protectores mas imperterritos sin prestar por esto su brazo al fanatismo ni al espíritu de persecucion. Jamás han cercenado á sus súbditos católicos su libertad de conciencia y de culto, á no ser tran-

(1) Se refiere al Brandeburgo y á los hugonotes que se establecieron en Berlin y otros puntos, llevando allí multitud de industrias que no conocían, é influyendo aunque poco atendido el estado rudísimo de todas las clases, en la civilizacion y cultura. (N. del T.)

sitoriamente para hacer reconocer la tolerancia religiosa en otras partes, como cuando se cerraron en Prusia algunas iglesias católicas (2) para obligar á los príncipes electores eclesiásticos del Palatinado á ser tolerantes á su vez con sus súbditos protestantes. Al final del citado artículo dice Federico: «En nuestros dominios viven todas las sectas en paz y contribuyen por igual al bienestar de la monarquía. Aquí no hay religion cuya doctrina moral se aparte de las otras en puntos esenciales; por manera que para el gobierno pueden ser todas iguales, y por esto deja á todo el mundo en libertad de ir al cielo por el camino que mejor parezca á cada uno. Lo único que el gobierno pide es que todos sean buenos ciudadanos. El falso celo religioso es un tirano que despuebla las provincias, y la tolerancia una madre cariñosa que las cuida solícita y les hace florecer.»

Al segundo gran suceso en la historia de la civilizacion (de la Prusia), á saber, la admision de los hugonotes, dedicó Federico II una parte de su artículo sobre las «Costumbres, usos etc.», que ya hemos tenido ocasion de mencionar, sirviéndole de base los datos oficiales reunidos por la direccion general de hacienda y que no han perdido aun hoy su interés.

Calculó Federico II en 400,000 el número de hugonotes que abandonaron la Francia á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes, y dice en su escrito que los mas acomodados huyeron á Holanda y á Inglaterra, y los mas pobres, bien que los mas industrioses, en número de cerca 20,000, al Brandeburgo, donde «nos ayudaron, dice, á repoblar nuestras desiertas ciudades, y nos dieron todas las industrias que nos faltaban.» Antes de su llegada no se fabricaban en el Brandeburgo (cuya capital es Berlin) ni sombreros, ni medias, ni sargas ni otro tejido de lana alguno; todas estas industrias nos trajeron los franceses. Ellos establecieron fábricas de pañuelos, sargas, estambres, tejidos finos, de mezcla, trajes de hilo, crespones, gorras, géneros de punto, sombreros de toda clase y tintes para todos los géneros. Algunos de estos refugiados establecieron comercios y vendieron al por menor los géneros que fabricaban los otros; Berlin recibió de esta manera aurífices, joyeros, relojeros, escultores. En el campo cultivaron los franceses tabaco, frutas suculentas y legumbres finas cuyas semillas hicieron venir de su país, y establecieron en las llanuras arenosas de esta provincia magníficas huertas. A una de estas utilísimas colonias concedió, sigue diciendo Federico en su relacion, el elector entonces reinante, una subvencion anual de 40,000 talers (150,000 pesetas), que cobra todavía hoy. En resumen, la monarquía rústica del gran elector recibió de estos franceses el capital de la industria y del arte que la trasformó en país civilizado; resultado que debió el Brandeburgo á su política justa y humanitaria en materia de religion que equivalía por sus frutos á la ciencia gubernativa mas refinada y sábia.

Habia repasado y rehecho el rey Federico II su «Miscelánea de la casa de Brandeburgo» repetidas veces en detalle y en conjunto con el concurso de Maupeituis, cuando resolvió llamar en el año 1750 á Voltaire á Potsdam, con el objeto de dar á este trabajo la última mano antes de hacerlo imprimir en una nueva edicion completa. Voltaire aceptó la invitacion, que fué ocasion de aquella larga residencia suya en la corte de su regio amigo, residencia que debia acabar en un desengaño mutuo que no se borró jamás.

El 10 de junio de 1750 salió Voltaire de Compiègne y el 10 de julio llegó á Potsdam, desde donde escribió el 24 de este mismo mes al conde de Argental: «Aquí estoy en un sitio que hace poco era un desierto y ahora está her-

(2) Por disposicion de Federico II.

(N. del T.)

moseado por las artes y ennoblecido por la gloria. ¡Ciento cincuenta mil soldados victoriosos, ópera, comedia, filosofía, poesía, un héroe pensador y poeta, grandeza y gracia, granaderos y musas, clarines y violines, banquetes de Platon, sociedad y libertad! ¡Quién lo creeria!» (1)

Voltaire estaba entusiasmado de la amabilidad del rey, extasiado de la «Historia de la casa de Brandeburgo» á la cual pronosticaba que sería una obra maestra cuando hubiera recibido el trabajo acertado de lima que le faltaba. Encontró la vida cortesana y campestre, de trabajo tranquilo y de disfrute exquisito de Potsdam tanto mas deliciosa cuanto que en todo lo demás se encontraba enteramente como en su casa. «Aquí estoy en Francia, escribia en 24 de octubre; no se habla mas idioma que el nuestro. El alemán queda para los soldados y los caballos; solo se necesita durante el viaje. Como buen patriota, me halaga este pequeño homenaje que se hace á nuestra patria á 300 leguas de Paris. Encuentro personas criadas en Königsberg que saben mis versos de memoria, que no conocen la envidia y no tratan de armarme asechanzas.»

En aquellos mismos años cuando Federico el Grande estaba aumentando y profundizando sus conocimientos históricos, publicó Voltaire un número de artículos históricos é histórico-filosóficos como prelude de obras mayores y de un modo nuevo de comprender y escribir la historia. Mucho antes ya habia publicado un trabajo de esta clase con el título de «Observaciones sobre la manera de estudiar y escribir la historia (2).» A este trabajo hizo seguir en 1744 su tragedia *Meropé* con *Nuevas consideraciones sobre la historia*, que se hallan en la edicion de sus obras, en el segundo tomo, hecha en 1748 en Dresde en Alemania. En 1749 publicó sus *Mentiras impresas*, y tenia preparados y á punto de publicarse: un trabajo algo extenso sobre el siglo de Luis XIV; otros varios sobre periodos sueltos de la historia de la Edad media posterior ó del renacimiento; otros sobre la moderna, y diferentes bosquejos y materiales para su gran obra del *Siglo de Luis XIV* y para la posterior: *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*.

Estos trabajos dejaban ya ver los rasgos característicos que distinguieron á Voltaire como historiador de todos sus contemporáneos, exceptuando á Federico el Grande. En primer lugar le distinguió la crítica severa é inexorable que limpiaba la historia de las leyendas y milagros, y elevaba á ley el derecho supremo de la razon humana á dudar de lo que no está probado como son las tradiciones, y á decidirse en la duda por lo que el sano criterio y la misma razon dicten. En segundo lugar abrió Voltaire al lector el horizonte de todo un mundo de sucesos y circunstancias que hasta él no habian encontrado puesto en ninguna de las historias escritas, que en lugar de ser historias de países y naciones, no eran sino historias de reyes, cortes y guerras. Voltaire fué quien vió que la misión de la historia era describir la de la humanidad, su vida intelectual, sus progresos y la constante lucha entre la barbarie y la civilizacion; y que de esta historia eran solo accidentes los reyes con sus guerras. Tambien se notan en los citados trabajos los flacos de Voltaire en el terreno de la historia. No supo medir las circunstancias de otros tiempos con mas medida que la de la civilizacion y vida intelectual de su propia época; no comprendia que los sucesos y

(1) Véase A. THIERIOT, *Voltaire en Prusia*, Paris 1878.

(2) Claro es que Federico II tenia conocimiento de éste y de los trabajos posteriores del mismo autor, á quien casi adoraba, cuando escribió sus propios artículos históricos en 1749 y 1750; lo cual el autor de esta obra, se ha descuidado de decir, porque escribe en Alemania, donde es catedrático; pero á nosotros conviene tenerlo presente para formarnos una idea imparcial del rey Federico II. (N. del T.)

personajes históricos son consecuencia fisiológica de diferentes condiciones de existencia, ni sabia que tanto los individuos como las naciones, tienen, además de su carácter puramente intelectual, sentimientos innatos é ideas peculiares que determinan las creencias religiosas, que dan impulso á los fundadores de religion; que mantienen la fe y la constancia de los mártires, y cuyo poder no puede expresarse con números, ni descomponerse en átomos ponderables.

De todos modos, es indudable que Voltaire en el terreno de la literatura histórica desempeñó una mision que ningun contemporáneo suyo era capaz de cumplir en su lugar, y que en este terreno abandonado encontró en Federico el Grande un apoyo (3), un compañero inteligente de glorias y tareas. Este descubrimiento que le iba confirmando cada dia mas la lectura de los trabajos históricos del rey, fué para él una satisfaccion inmensa. Con grandísima diligencia, aplicacion y severidad perfeccionó y limó la «Miscelánea de la casa de Brandeburgo» no solamente en la parte del estilo sino tambien en el fondo del asunto, sin que por eso escatimara al rey sus sinceras exclamaciones de ¡admirable! ¡bravo! ¡bentísimo! cuando el regio escritor explicaba sus opiniones críticas é histórico-filosóficas. Encontrábase Voltaire en una disposicion de ánimo desembarazada y expansiva al verse en tan completa libertad para expresar sus ideas, como jamás la habia experimentado; y en esta disposicion pudo dar cima rápidamente en Potsdam á su gran obra: *el Siglo de Luis XIV*. Para un genio laborioso, chispeante y fecundo no hay felicidad superior á la que da un concurso de circunstancias que promueven sin cesar el afán y los medios de trabajar. Esta felicidad la tuvo completa Voltaire en Potsdam y Sans Souci: «Llevo, escribia en 15 de octubre, una vida de soledad y de trabajo, que aprovecha por igual á mi salud y á mis estudios. Tres pasos me conducen desde mi gabinete á la mesa, donde me aguarda la cena en compañía de un hombre de talento, de imaginacion, agraciado en todo, y que no tiene mas desgracia que la de ser un príncipe muy grande y muy poderoso. Tengo la satisfaccion de serle útil en sus estudios, lo que me da nuevas fuerzas para adelantar en los míos. Corrigiendo, aprendo á corregirme á mí mismo (4).» Esta dicha le pareció un don del cielo que jamás habria podido disfrutar en su país. Véase lo que escribió en 28 de noviembre desde su paraíso de filósofo: «Hice bien en dejar aquel bello país (la Francia), para establecerme en casa de un héroe, donde me hallo al abrigo de la canalla que me perseguia, de pedantes pesados que no me defendian, de mojigatos que tarde ó temprano me habrian jugado una mala pasada, y de la envidia que no cesa de chupar sangre hasta dejar desangradas á las víctimas. La naturaleza ha creado á Federico el Grande para mí, y mucho trabajo ha de costar al diablo el no dejarme pasar los últimos años de mi vida dichoso en compañía de un soberano que piensa en todo como yo, y que se digna amarme hasta donde un rey es capaz de amar (5).»

No fué el diablo sino el mismo Voltaire quien destruyó tanta dicha. Sin cargos ni deberes que cumplir, tenia Voltaire una posicion cerca de la persona del rey Federico como jamás la tuvo ni ministro ni general alguno. Tenia 20,000 libras (francos) de paga anual, habitacion, manutencion y carruaje, la llave de gentil-hombre de cámara y la condecoracion de la orden *Pour le mérite*. Todo esto sin embargo no bastó al filósofo modesto. Quiso intervenir en los nom

(3) Un imitador decidido.

(4) Corrigiendo los escritos del rey, me perfecciono en mi propio idioma y encuentro mucho que perfeccionar en mis propias obras.

(5) Véase la obra de Thieriot, pag. 86.

bramientos que el rey, tan autócrata y tan celoso de la independencia absoluta de su régia voluntad, hacia entre los compatriotas de Voltaire para confiarles encargos ó ponerlos en su sociedad; y hasta logró por dos veces imponer al rey su criterio. Por otra parte no supo resistir al deseo de mezclarse en especulaciones de bolsa, como se habia mezclado ya con notable fortuna en Francia. Hizo una especulacion prohibida en certificados sajones de impuestos, que si no era un delito, era por lo menos un acto indecoroso para un favorito del rey, que le colmaba de beneficios. Para esta operacion sirvióle de agente un judío llamado Hirsch ó Hirschel, á quien despues citó ante el tribunal por estafa. Voltaire ganó la causa; pero perdió su crédito y buen nombre en la opinion pública cuando se supo que se habia valido de una mentira y de la falsificacion de un documento. Este negocio sucio le detuvo en Berlin, donde se hallaba muy angustiado no sabiendo cómo su protector tomara el asunto.

Federico, á fines de febrero de 1751 le envió dos cartas muy picantes una tras otra, que copiamos de la edicion de las obras completas (1) hecha en Berlin y que por muy buenas razones no figuran en la de Paris. La primera está fechada en Potsdam á 24 de febrero y dice: «Le he admitido á V. gusto en mi casa; he apreciado su talento, su genio y sus conocimientos, y podia creer que un hombre de su edad, cansado de pugilatos de pluma y decidido á no exponerse á mas tempestades, habia venido aqui para encontrar un puerto donde descansar de sus fatigas; pero no tardó V. en exigir que no tomara yo á Freron por secretario, y yo fui tan débil, ó tan complaciente, que accedí á sus deseos, bien que no incumbia á V. designar las personas que yo haya de tomar á mi servicio. D'Arnaud le faltó á V.; un corazon noble le habria perdonado; solo las almas vengativas persiguen á las personas á quienes odian; y finalmente fué despedido por causa de V. este Arnaud que no me habia hecho ningun mal. Usted ha ido á ver al embajador ruso y ha hablado con él de asuntos que á V. nada le importan, habiendo dado lugar á que se creyera que yo le habia dado el encargo de hablarle. Tambien se ha mezclado usted en los asuntos de la Sra. de Bentinck, á pesar de que esto ciertamente no le tocaba á V. Con el judío ha tenido V. un negocio de los mas sucios, y toda la ciudad está sobrexcitada por el ruido que ha metido este asunto escandaloso de los certificados que es ya tan público en Sajonia que se me han dirigido quejas serias sobre él. Por lo que toca personalmente á mí, he tenido paz en mi casa hasta la venida de V.—Yo le aviso que si tiene V. la pasion de cábalas é intrigas, se ha equivocado de número; á mí me gustan las personas pacíficas y acomodaticias y que no dan acceso á las pasiones tempestuosas de las tragedias en su vida privada. Si V. tiene ganas y fuerza de vivir como filósofo, le volveré á ver con gusto; pero su regreso á esta no me causará satisfaccion ninguna si V. se deja arrebatar por sus accesos apasionados y si arma pendencias con todo el mundo; en este caso vale mas que se quede V. en Berlin.»

Voltaire solicitó perdon en términos humildísimos, á lo cual le contestó el rey el 28 del mismo mes: «Si V. quiere venir aquí, puede hacerlo. Pero aquí no quiero oír nada de pleitos, ni siquiera del de V. Pues que V. lo ha ganado, le felicito, y me alegro de que este asunto sucio esté concluido. Espero que en adelante no tendrá mas pendencias ni con el Testamento Viejo ni con el Nuevo (1). Semejantes escándalos deshonoran, y con todos los talentos del genio mas

(1) Œuvres XXII, pag. 298 y 299, y 301 y 302.

(2) Quiere decir ni con judíos ni con cristianos.

admirable de Francia no borraría V. las manchas que semejante conducta imprimiria en su fama. Un librero Gosse, un violinista de la ópera y un joyero judío no son á la verdad gente cuyo nombre deberia figurar al lado del de V. por ningun motivo. Escribo esta carta con el criterio rústico natural de Alemania, que dice lo que piensa sin rodeos ni contemplaciones que desfiguren la verdad; de V. depende aprovechar el consejo.»

Diffícil era que recobraran su anterior aspecto unas relaciones en las cuales habian mediado cartas como las que preceden, y los mismos compatriotas de Voltaire se cuidaron de que estas relaciones no se restablecieran. La vida de estos hombres habria sido demasiado feliz en la corte de Federico el Grande para este triste mundo, si no se hubiesen empeñado ellos mismos en amagársela. Desde febrero de 1748 tenia el rey un lector, cuya admision en su corte explicó despues

*Voltaire*

Facsimile de la firma de Voltaire, que se encuentra en un documento fechado en Potsdam el 27 de noviembre de 1752

en el elogio fúnebre que le dedicó, diciendo: «la calidad de filósofo y de desgraciado eran motivos bastantes para darle un asilo en Prusia con una pension del rey.» Este lector se llamaba La Mettrie. Habia estudiado en su juventud medicina, y dedicándose despues á divagaciones filosóficas que requerian poca erudicion, algo de talento y mucha desfachatez. Consideraba este francés al hombre unas veces como una máquina, otras como una planta, pero siempre incapaz de sentir mas dicha que la que proporcionan los deleites que procuran los sentidos. Contaba 43 años cuando murió fiel á su teoria en 11 de noviembre de 1751, á consecuencia de una apuesta de que comeria todo un pastel de faisán con trufas. Este exceso le mató á pesar de ser un Hércules que rebosaba de salud, vida y alegría. Voltaire hizo de él la siguiente descripción en 6 de noviembre de 1750: «Sus ideas parecen un ramillete de fuegos artificiales con las explosiones graneadas de innumerables cohetes. Este estrépito divierte un cuarto de hora, pero á la larga aburre mortalmente. Sin saber lo que hacia, hizo un mal libro que fué impreso en Potsdam con el título de *El hombre-planta*, en el cual se escarnece la virtud y el arrepentimiento, se ensalza el vicio y se induce al lector á toda clase de excesos, y todo esto con la mejor intencion y sin nada de malicia. En su libro hay mil haces de fuego, pero ni media página juiciosa; todas sus ideas son relámpagos en un cielo nocturno. No han faltado personas de buen sentido que le han hecho observaciones sobre la monstruosidad de su moral, y le dejaron estupefacto porque ni siquiera sabia lo que habia escrito, y si se lo pidien escribirá mañana todo lo contrario.»

Este mismo La Mettrie dos meses antes de morir dijo al oido de Voltaire unas pocas palabras que desde entonces envenenaron la dicha serena del filósofo. La Mettrie pretendió que el rey le habia dicho, hablando un dia de la posicion envidiable y envidiada de Voltaire: «Todavía le necesito á lo mas un año; se exprime el limon y despues se le arroja.»

No fué este el único servicio malicioso que hubo de agradecer Voltaire á sus compatriotas en la corte de Federico. Otro peor si cabe le prestó su ex-amigo, Maupertuis, el famoso naturalista, que como presidente de la Academia era intratable, autoritario, obstinado y sin consideracion para nadie ni aun para Voltaire. Este último tuvo noticia en julio de 1753 de que Maupertuis propalaba disimuladamente